Arquitrave



Karin Boye • Tomaz Salamun • Omar Ortiz
Blanca Strepponi • Basilio Sánchez • Evelio Rosero
José Ángel Leyva • Jader Rivera
Jordi Doce • Andityas Soares de Moura

Karim Boye

Carlos Vidales

Considerada unánimemente como la más alta representante de la moderna poesía sueca, Karin Boye nació en Gotemburgo el 26 de octubre de 1900 y puso fin a su vida en 1941, en Alingsås. Se dedicó a la literatura desde los diez años de edad y antes de cumplir los quince obtuvo el primer premio en un concurso literario. De su producción juvenil sobresale un libro que compuso exclusivamente para el cumpleaños de su abuelo, en el cual combinó poemas y leyendas que anticipaban ya los grandes temas de toda su poesía ulterior: la vida y la muerte, el sentido de la existencia y una intensa, casi mística curiosidad por el dolor humano. Estas inclinaciones se acentuaron a partir de los 21 años, cuando hizo estudios de griego, idiomas nórdicos e historia de la literatura en la universidad de Uppsala. Al año siguiente publicó su primer libro de poemas, *Moln* (Nubes) en el cual puso al descubierto un estilo personalísimo que jamás habría de abandonar: desde ese momento, Karin Boye desplegó la rara maestría de decir cosas enormes con palabras sencillas, el arte supremo de expresar lo más complejo con el idioma más simple. Algunos de los poemas de *Moln* pueden perfectamente ser



transcritos como textos en prosa sin perder por eso su aliento poético. Por ejemplo: “Recuerdo. Serenamente quiero agradecer mi destino: nunca te pierdo totalmente. Como una perla crece en la ostra, así dentro de mí crece tu esencia transida de rocío, dulcemente. Si finalmente un día te he olvidado, entonces serás sangre de mi sangre, entonces serás uno conmigo: el don de los dioses”.

Dos años después, en 1924, apareció su segundo volumen de poemas: *Gömda Land* (Tierra Oculta) en el cual se incluyeron varios de sus mejores textos inspirados en las sagas escandinavas de dioses, hadas y gnomos, con la originalísima perspectiva existencial de la autora.

En mayo de 1925 Karin Boye pronunció en Upsala su célebre discurso de primavera a los estudiantes, una pieza retórica en verso en la cual defendió el principio de igualdad entre el hombre y la mujer de un modo que todavía hoy tiene vigencia universal. Luego de obtener su licenciatura en Upsala (1926) y su grado de Magister en historia en Estocolmo (1927), publicó su tercer volumen de poemas, *Härdarna* (Los Hornos). En él presentó, entre otras producciones, cuatro poemas a través de los cuales se expresa la voz de filósofos y poetas famosos (Nietzche, Kipling, Whitman). Traduzco aquí íntegramente la pieza correspondiente a Whitman:

El fundamento de toda metafísica

Y ahora, señores,
les daré una palabra para fijar en los pensamientos
y la memoria
como fundamento y también como cima de toda
nuestra metafísica.

(Así dijo a los estudiantes el viejo profesor,
oído por muchos, al fin del curso.)

Hemos leído sobre lo nuevo y sobre lo viejo, los
sistemas helénico y germánico,
a Kant hemos leído y analizado, y a Fichte y Schelling y Hegel,
hemos leído sobre las lecciones de Platón
y de Sócrates, más grande que Platón,
y largamente hemos leído sobre Cristo, el esplendoroso,
más grande que Sócrates – esto está
investigado y puesto en claro.
Hoy vuelvo a mirar los sistemas helénico y alemán,
veo a todos los filósofos, veo las iglesias cristianas
y las sectas.

Pero detrás de Sócrates veo claramente, y detrás
del espléndido Cristo veo
el amor del ser humano hacia su camarada, el vínculo entre
amigo y amigo,
entre esposos legítimos, entre hombre y mujer, entre niños y
padres
entre ciudad y ciudad, entre país y país.

Con *Härdarna* alcanza la voz de Karin Boye su más alto grado de precisión, de concisa y directa comunicación con el lector. Pero no llegó a la cima para iniciar un descenso sino para explorar nuevas alturas. Cada vez más comprometida con las ideas socialistas, activa en labores editoriales y en grupos culturales de combate, viajó por la Unión Soviética, Jugoslavia, Alemania (entonces en pleno ascenso del nazismo) y otros países, fundó periódicos, se hizo pedagoga, se casó con el notable intelectual Leif Björk, publicó las novelas *Astarte* (1931), *Merit Vaknar* y *Kris* (1934), la colección de relatos *Uppgörelser* (Ajustes de cuentas, 1935) y la bella colección de poemas *För trädets skull* (Por la causa del árbol, 1935), en la cual volvió a poner en juego su maravillosa intensidad poética. Luchando desde 1930 con terribles problemas existenciales y sicológicos, mantuvo con ardiente pa-

sión su oficio de poeta y escritora. Después de *För lite* (Muy poco, 1936), publicó en 1940 la más grande de su novelas, *Kallocaín*, y antes de su suicidio (1941) dejó completo para su publicación su quinto volumen de poemas, *De sju dödsynderna* (Los siete pecados capitales).

Después de su muerte se han publicado colecciones de relatos, ensayos y otros escritos menores. Su suicidio ha de considerarse en relación con su formidable lucha existencial, pero en el marco de la época trágica y terrible que le tocó vivir: el apogeo del nazismo, los conflictos internos en los movimientos socialista y comunista, los combates por los derechos de la mujer, las agotadoras batallas por consolidar periódicos y editoriales independientes, y el trabajo febril de la creación literaria como respuesta a las dificultades, pero también como desesperada terapia sicológica. Murió en la cima del triunfo, que siempre es evasivo e intangible, ese triunfo fantasmal, fugitivo, inasible, al cual había dedicado uno de sus poemas más quemantes: “bienaventurado aquel a quien su claro espectro espera con luces en la fiesta de la muerte”.

Karim Boye

Declaración

En tu belleza hundida
veo la vida explicada
y la respuesta del enigma oscuro
revelada.

En tu belleza hundida
orar yo quiero.
Bienaventurado es el mundo,
puesto que existes.

Muda de claridad,
en luz ahogada,
quise morir en tí,
en tu belleza hundida.

Eres mi consuelo más puro

Eres mi consuelo más puro,
eres mi más firme protección,
eres lo mejor que tengo,
pues nada duele tanto como tú.

No, nada duele tanto como tú.
Quemas como hielo y fuego,
cortas mi alma como acero:
tú eres lo mejor que tengo.

Los dioses

Los carros de los dioses
no sacuden las nubes,
avanzan deslizándose
callados como rayos de luz.
Los pasos de los dioses son
casi inaudibles,
como el susurro de la hierba
apenas presentido.

Cautelosamente, cautelosamente
sigues los senderos
que tienen el aroma
de su proximidad vivificante.
¡No grites nombres!
Ellos huyen, te dejan
colmado de palabras
en un mundo vacío.

El triunfo

El triunfo, el triunfo no tiene voz ninguna,
ningún frenético clamor de júbilo.
¿Existen caminos tan sencillos y llanos
bajo esa luz tan sobriamente austera?

El triunfo, el triunfo no tiene color alguno.
Frente a su mirada, la opulencia parece lastimosa.
Sereno y pálido en su pálida aureola
se aleja, silencioso, de la mentira y el estrépito.

El triunfo, el triunfo, es raras veces visto,
pasa de largo, como un espíritu en visita.
bienaventurado aquel a quien su claro espectro
espera con luces en la fiesta de la muerte.

El mundo es soñado...

El mundo es soñado por un dios durmiente,
y los escalofríos de la aurora exprimen destellos de su alma.
Recuerdos de cosas que ocurrieron ayer,
antes de que el mundo existiera,
fantasmas, fugaces reflejos.
Eso, de cuya esencia no formamos parte,
sale a nuestro encuentro donde al camino se tuerce,
y respira un horror que no es nuestro,
muy lejos de los límites,
de mundos hechos de otras leyes.
Duerme, duerme más pesadamente, durmiente,
hasta que los sueños no te atormenten más,
o bien despierta a la luz del día, creador,
y conviértenos en seres reales!

Conocimiento

Todos esos prudentes de largas redes,
sólo encuentran la enorme carcajada del mar.
Amigos, ¿qué buscan ustedes en la playa?
El conocimiento nunca puede ser aprisionado,
jamás puede ser poseído.

Pero si tú, decidido como una gota
caes en el mar para disolverte
dispuesto para cualquier metamorfosis,
entonces despertarás con piel de ostra
y ojos verdes,
en vegas donde pacen los caballos de mar
y serás conocimiento.

Tomaz Salamun

Bóveda celeste

Con tu mano silenciosa y delgada apagas estrellas.
Prodigas mi nombre como la abeja su miel.
¡Muérdeme! Quema mis ojos. Lejano
mar de búfalos en el aire ceniciento y
verde. El gusto es sustituible, yo no.
Estoy clavado en la cruz y derrocho tus
frutos. Mira: cada gota de mi
memoria es un latido de la bóveda todavía
cuajada en el milagro de que el cielo vive.
El animal cede, se arrodilla, herido de muerte.
Te sacudes el blanco plumón de luces y
la inscripción en tu pecho no se enciende para
nadie. En tu boca silenciosa y suave
has abrasado mi cuello.

Nicola Tesla

Cuando San Francisco se desprendió de su manto,
no tuvo frío. Frío le daba su vida pasada
que estaba fermentando para convertirse en vino.
Cuando se convirtió en vino, lo bebieron los topos,
las langostas, los gatos, que en el medioevo estaban
encadenados, pues antes habían sido
leones. La gente temía que se la
comieran los gatos. Eso no es verdad, porque los gatos
nunca comieron gente. Sólo que los perezosos y distraídos
monjezuelos copiaban con tanto descuido
que se hizo herrumbre,
como en los transatlánticos.
Los gatos fueron realmente leones, pero
leones de seda.
Y los costureros ya estaban
junto a ellos cuando pacían en el desierto.
Pacían porque lamían la arena,
como las gallinas que necesitan calcio.
Las gallinas yacen de lado en la oscuridad.
Hay luces encendidas en las casas de la gente.
Nicola Tesla extrajo
la electricidad con mucho trabajo,
como la gente que pela guisantes y separa
la vaina de los guisantes. Una vez hecho eso
dijo esto es electricidad y basta.
Ahora la podemos apagar y nos dormimos.

Yo y tú

A mí nunca me besaba tu boca, nunca
bebiste la nieve. Tú, melancólica estatua, que ahora
te hielas bajo aludes. Una pregunta
cruel: ¿todavía calientas tu iglú? Te he embrujado

y te he desmembrado. Y las arrugas que se ahondan
en tu frente, otrora divina, quizás ya no tienes ni
derecho a ellas. No, no me has vuelto a herir. Oh, pequeña
momia, flor abortada, tu recuerdo palidece.

Hay océanos, y tu hastiado, en medio. Piedra dura
y desesperante, embadurnada de silicato. Volveremos a amar-
nos,
volveré a desparramarte las colmenas. Ya no es fuerte

mi deseo, has triunfado, en verdad estás vacío. Y en mí,
una alameda de infinitos otros, también se ha entumecido tu
rojo corazón. Sólo en ti gargarizaba yo de felicidad.

Omar Ortiz

Calles

De la nieve

No es una calle muy común en nuestro paisaje, porque en verdad es una isla. En su centro guardan los dioses aymarás la semilla del hielo, para proteger a los hijos del jaguar de anunciadas calcinaciones. El viajero que quiera conocerla debe colocar un manojo de *muña* en la palma de su mano y respirar, sólo así podrán sus pulmones tolerar el enrarecido hálito que envuelve a las princesas lunares. ¡Ah¡, y no olvides contratar a Zenón, el barquero.

De los viejos

Es en realidad un parque, pero como alguna vez fue calle quedó la costumbre de llamarla según la antigüedad de sus contertulios. No hay en verdad mucho que contar sobre una rutinaria reunión de jubilados que juegan ajedrez, tute y que saben de memoria quienes han sido los nosecuantos presidentes de la república, salvo, que una vez que fallecen, regresan a platicar con sus amigotes convertidos en ardillas o iguanas.

De los cerezos

Dice una olvidada canción, *viven allí los recuerdos*. Sur, Malena, la voz del Turco, el mirador de las palomas, un tapiz, el libro que prensa la inesperada flor, un añoso baúl, la estropeada Singer, la vieja capa y el sombrero de copa del enfebrecido mago que trocó su arte por el fugaz vuelo de la libélula.

De los zancudos

Maese Apolonio Vidales tuvo a bien darle el nombre a esta calle a su costa. Sucede que estando sentado a manteles en espera de un sabroso tamal fue acosado por una nube de estos bichos que implacables se cebaron en su enorme cuerpo. Cuando ya Amanda, su hermana, acudía con un abanico en su auxilio, uno de estos mosquitos se posó en su ojo y fue tal el manotazo que se propinó Don Apolonio que a la mentada calle también la llaman “La Calle del Tuerto”.

De los sueños

Tiene forma de flor. Los enterados afirman que es una orquídea y los ignaros se desgañitan al gritar que quien ha visto una orquídea con forma de rosa. Por supuesto a las abejas que viven de las bondades de sus estambres les importa un pito tan banal y tonta discusión.

De los espejos

El transeúnte que se detiene en sus vitrales observa soles antiguos, mares ignotos, flores del paraíso, sedosos tigres, cadáveres insepultos, cuerpos copulantes, lunas varias, miserias, llagas abiertas. Pero al mirar detenidamente las líneas del azogue descubre asombrado que solo ve el reflejo de su rostro.

Blanca Strepponi

Balada de la revelación
(fragmentos)

III

escucha
hermoso padre mío mío
ya no soy una mujer
soy una cabeza
las cabezas no nadan
flotan
flop flop flop
como boyas inútiles

mi madre cabeza de laca
flota en el sueño
como casco
como boya

ya no soy una mujer
soy un hombre
¿soy un hombre?
ni soy un hombre
soy una niña
en silencio
soy la quieta
junto al agua espesa

V

soy una cabeza
y mi hermano
el cuerpo perdido

ya no soy una mujer
soy una cabeza

ya no soy una mujer
soy un hombre
una cabeza de hombre
una cabeza de niña
una cabeza
el cuerpo se perdió
hastiado
es un cadáver

VI

al borde del río
en la arena
oscura y blanda
toma sol mi padre
es como el piso del río tibio la arena
como el barro suave bajo las plantas de los pies

ah quiero ser una vaca
ya no soy una mujer
soy una vaca
soy una cabeza de vaca
tan triste y con presagios de horror

X

ya no soy una mujer
soy una cabeza

soy una vaca
soy una perra
una niña sin habla

las cabezas peinadas con laca
giran sobre sí
hablan sin voz
de sus sueños de muerte
me veo en sus ojos fijos
me veo
soy una cabeza

¿dónde está tu madre?

Basilio Sánchez

Las dos acacias

Entre estas dos acacias que se miran ha de pasar la tarde.
He elegido este sitio para mi corazón, esta raíz oscura de man-
zano, a orillas de este río al que me acerco
como todos los días.
Junto al agua que ya me reconoce, que ya estaba aquí antes,
que me ofrece de nuevo este silencio,
casi todo interior.
Estoy aquí, sentado, preparando un paisaje
sólo para mis ojos, buscando en las canciones
que ya apenas distingo de los pájaros
una razón distinta. Diciéndome a mí mismo
que en los alrededores de la vida
aún puede oírse a veces
el crecimiento silencioso de la maleza.
Es un lugar sencillo, un paisaje de una única línea.
Es al atardecer cuando las cosas
recuperan la imagen
que vive en nuestros ojos en la piedad de un sueño.
Mi alma crece ahora por lados
que he sabido mantener en secreto,
por estas pocas ramas que he podado sin ruido.
Entre una sombra y otra,
entre estas dos acacias que se miran,
pasarán otras sombras,
seguirá oscureciendo hasta el instante
en que la misma densidad de la noche
sea una forma de luz,

El pan y la sal

De una casa a otra se enviaban saludos,
las cintas de humo azul de los hogares
y, con las filtraciones de las primeras luces,
algunas nubes lentas.
Entre una casa y otra los silencios
eran ruidos de platos,
una flor esmaltada en unas tazas, el murmullo
de las copas de vidrio.
Desde hace algunos años
es un pueblo vacío,
uno de esos lugares que ya no necesita del crepúsculo.
Los muros de las casas
se han ido acostumbrando
al desfallecimiento, a los rigores
de las viejas moreras, de las parras silvestres.
En medio de las plazas,
al final de las calles, las sombras de las cosas
permanecen inmóviles,
nos hablan desde fuera del tiempo.
Ahora el cielo está quieto como un campo sin nada,
como el hombre sentado que lo mira.
Como el que en la maleza
busca aún las canciones perdidas de los niños,
algunas nubes lentas para la intimidad,
para el regreso.

El final del camino

El final del camino es un inmenso lago.
Más allá, los reflejos
antiguos de las aguas
se hacen indistinguibles de las nubes,
del descenso rasante de los pájaros.
El ruido de las nubes nos ha hecho mirar,
ese murmullo del agua cuando nace.
Los árboles, los matorrales bajos,
nuestros propios reflejos
permanecen inmóviles sobre su superficie,
suspendidos,
entregados quizás a otra manera
más lenta de vivir.
Pero esto no es la vida,
es un presentimiento de la vida.
Después de recorrer durante años
un camino sin fondo, nos hemos dado cuenta
de que estábamos solos,
y en la mitad de un sueño.
El final del camino es un inmenso lago.
No es el agua que fluye, no. La eternidad
siempre ha sido un estanque.

Evelio Rosero

Paisaje

La tarde cansina, sin aquelarre
la tarde indecisa,
región caótica, de irremediable
desconsuelo.
La tarde sin cuervos.
Sin ríos, sin gnomos.
Sólo esta doncella paralítica en su silla,
esta pálida muchacha sin sus piernas
que ha venido a descansar con su perrito
del paseo colegial.

Carta

Amigo, todo esto es una despiadada pesadilla:
en este pueblo los reyes son cerdos,
por cientos los cerdos se pasean,
en su basura ideal.
Todo el pueblo es su estercolero.
El pueblo entero es de ellos.

Las orejas de los asnos son su manjar predilecto,
ningún asno tiene orejas en el pueblo.

Ayer en la tarde, un inmenso cerdo blanco
seguido por una corte de cien rosadas lechonas,
todas eructando magistralmente,
asomadas desde su reino humeante,
con guantecillos blancos en las pezuñas,
contemplándome con altanería,
un inmenso cerdo blanco me preguntó
que cuándo iba a marcharme
abandonar mi casa y atravesar las calles
salir de esta pequeña casa como un alma que todavía me prote-
ge, y después lanzó un bostezo pestilente.

Su hambre es como él, descomunal.

Desde entonces no me atrevo a partir, amigo.
tienes que venir pronto, y trae una venda.

Alguien tiene que vendarme los ojos para salir de aquí.

El matadero

El matadero, ascua de chillidos.
Seis hombres subidos a lomos de una marrana caída.
Uno la patea en el hocico,
el otro la aferra por la cola.
Humean. Los siete animales humean.
Niños como cuervos en las tapias de cemento
contemplan la muerte y su gritería.
Una vieja enciende su cigarro y enjuicia la escena:
Nos van a sacar muertos, dice,
Muertos por los muertos, por los obligados.
La sangre brota como un surtidor, los ojos patalean,
los niños se sonríen extasiados como una mueca feroz
los seis hombres buscan el cielo
–la misericordia de su lejanía:
"*¿A qué horas acabará el día*?»

Envío al señor K

Un día, sólo un día
un amigo te vio llorar,
sombra secreta de las calles de Praga.

Indagan todavía tus ojos la habitación del mundo,
se oyen buscar tus pasos, tu voz ya libre

pero tus manos debieron ser frías
como papeles de nieve, porque ningún circo, al fin
te llevó consigo, y ningún amor. ¿Cuándo
acabaremos de encontrarte, invisible y desolado
vampiro de luz?

En cada ventana de cada ciudad de la tierra
asoma tu rostro inexplicable, y a veces, cualquier mañana
despertamos con el corazón hecho un insecto horrible.

José Ángel Leyva

El campesino del futuro muerto

Desearía escribir acerca del placer del sol
sobre la cara a campo raso
De la tierra fecunda y de su boca abierta
a la simiente que promete el pan y los frutos
de un mañana lluvioso y un invierno sin hambre

El campesino oriental se inmola en la barrera
de una estación pavimentada por la muerte
Incrédulo en las cámaras recorre el mundo
su rostro de dolor y de impotencia
No hay en el tumulto alguien que logre arrancarle
esa máscara de niebla y luces en retiro

La navaja también estupefacta escucha el corazón
que languidece y no atina a explicar la vaciedad
la ruina de un tambor forjado en la labranza
Palpita o se contrae el metal ante las pausas de la carne
El arma intenta descifrar los pulsos que troncha con su filo
aún con el dulzor de una naranja mondada con paciencia
El desgarrón impide reconocer las claves fugitivas
Hay un mensaje de aridez que enturbia el canto de los gallos
el abrazo a la mujer que siembra en él su aroma
la noche en que tremolan los ocres del otoño
Un despertar cualquiera y un té sobre la mesa
El ruido silencioso afuera donde los hijos y los árboles
despejan los sobresaltos del alba

Bajo la piedra azul celeste el labrador coreano
desciende sin luz en medio de la turba
Quiere gritar contra el mercado sus últimas consignas
La hoja punzante le corta la voz y los recuerdos
Se le atraganta el pasado en una lengua sin futuro
Huele a miedo del otro lado de las vallas
Hay campesinos con disfraz de policías y bastones
No entienden por qué un hombre abandona el sembradío
Viaja en clase turística a Cancún para romperse el pecho
luego de andar descalzo por la playa y bajo un sol sedante

Hay cuenta regresiva en ese cuerpo en andas
Lleva moribundo la admiración del ojo maya por el cielo
La redondez del cero y del vacío
La flor azul turquesa del Caribe
Y en un bolsillo el boleto de entrada al parque comercial
donde escuchaba al guía
absorto en el espejo del cenote
explicar los sacrificios humanos a los dioses
Una simple transacción: Vida a cambio de más vida

Jader Rivera

Señor del silencio

Señor del silencio,
Señor Dios de la hoja
que habla
cuando sopla el viento.

Señor Dios del árbol,
de la raíz,
del tronco, del ave en la distancia
y su cielo.

Señor Dios,
ten compasión de mí,
salta sobre mí pecho,
desgarra mi garganta,
bebe mis sesos.

Señor Dios,
vacíame de mí
y lléname todo de ave,
de tierra,
de viento,
de cielo.

Que muerto de mí
crezca sobre mí el pasto.
Que muerto me quepa
en el alma
todo tu silencio.

Mediodía

Poseo, bajo este árbol de pomarrosas,
un lugar en el corazón del mundo.
Un lugar de retiro
en el silencio de las tierras y el verano.

Poseo un temblor de placidez en este mediodía
y la certeza de estar vivo y triste,
como este viejo pomarroso
que extiende bajo el cielo su ramaje de angustias.

El viento viene tibio por encima de los pastos,
viene y como un mar me cubre,
cubre con su espuma de polvo y hojas secas
mi cuerpo robusto de treinta y tres años.

Yo estoy triste.
Yo pienso en Julio, asesinado por ladrones.
Yo pienso.
Julio muerto me sonríe desde el otro lado de la cerca.
¡*He venido* - le grito-, *a hablar contigo al mediodía,*
a escuchar tu voz viril en medio de los campos…!

Tumba

Cuando la noche sepulta al mundo bajo las sombras
y como una bóveda de piedra cae sobre mí el silencio,
me muero de todas las muertes
y sólo tu amor me rescata de entre los muertos.

Sujétame duro en esta noche de tumba
cuando tirita la hierba torturada por el frío;
háblame al oído mientras otro pronuncia mi nombre
como si emergiera de las grietas de la sombra.

La pesadumbre cabalga sobre mi estrella
y la ahoga en los vastos y oscuros reflujos del río.
Viene por mí la muerte con grito de pistolas
y me veo en el cadáver ensangrentado de tu hijo.

Háblame de los hijos que balbucean en tu vientre
y de la flor que no se marchita ni destrozan las pistolas.
Háblame del futuro que alumbra al final de la sombra,
y del grito en mi pecho, apaciguado por tu estrella.

No es esta noche

No es esta noche arrullo y canto.
No es lámpara generosa el cielo.
Ni murmullo el agua.
Ni susurro el viento.

No es esta noche voz amada
que se quiebra en mitad de un beso.
Ni brazo que te busca
y se tiende, generoso, sobre el pecho

Es silencio. Solo silencio.
Desciende sobre el mundo la muerte
y rechinan sus dientes en la sombra.

No.
No es esta noche la vida.

No es esta noche arrullo y canto.
No es lámpara generosa el cielo.
Ni murmullo el agua.
Ni susurro el viento.

Dos amantes fugitivos y la noche

Dos amantes fugitivos y la noche,
labio y hierro machacados con sangre,
dolor que golpea la frente y rompe la roca…
Ay, dadme una pausa, un silencio,
un respiro de princesa que muere,
un leve roce de cortina que se levanta,
al aire, aire, al viento.
Dadme la daga que mató a la muchacha,
que cantaba un amor oscuro en su lecho de virgen,
y la esperanza de un amanecer en las sombras,
una luz, una luciérnaga que estalla
y rueda como bola de fuego por el mundo.
Dadme, dadme la paz, el armisticio entre las guerras.
Y lanza lejos de mí la furia de las gentes,
derrumba la ciudad armada de cuchillos y fusiles,
la mirada airada de Dios,
y tus ojos agolpados, tristes, yertos.
Dadme la pausa, padre,
la oración del condenado,
la compasión del verdugo antes de bajar el hacha.
Dadme, dadme el instante
en que soy y no soy de este mundo,
la eternidad en que sonrío y confieso mi falta,
la rebeldía que rompe su capullo de piedra onix,
y sangra, mientras mi cabeza, por tu gracia,
rueda por el suelo.

Jordi Doce

Colibrí

Ingrávido y rotundo
en el palco del aire,
el colibrí:
aguja aguijadora,
pico que pica el fondo
de la flor desflorada.

Con alas que son perchas
husmea entre los pétalos,
se inclina
sobre un charco de polen columpiado:
él es su lanza en ristre,
su punto en boca,
reflejo de este tallo en que se adentra.

Es esto y esto más,
í con tilde atildada,
i que enhebra al pasar
la quietud con el vuelo.

En la tarde que alienta, el dardo de la luz
tiene forma de pájaro.

Caza menor

Este gato que avanza sin herirse
sobre el muro cubierto de cristales,
lejos de su cojín y su platillo,
ha salido de caza. Le delata su nervio,
la encogida tensión con que vigila,
muñeco de un instinto equilibrista.
Luego caminará sobre la tierra negra,
entre hoyuelos de nieve y bayas secas,
con plumas en las zarpas o mascando vacío
–burlado por sus ganas–, pero hermoso igualmente
en la clara fiereza de su andar.

Gorrión

He seguido, en la altura,
junto al tibio temblor de las cortinas,
el vuelo del gorrión, tan íntimo,
haciendo más extenso el aire,
desovillando un cielo
entre el parterre y los columpios.
Qué poco necesita y cuánto engendra
su espiral impredecible:
apenas un manojo de alas pardas
abriendo un mundo en otro mundo.
(Semilla azul, un cielo se despliega.)
Lo que veo, esta hierba raída, la gravilla,
el rojo paciente de los columpios
sobre el bancal de arena,
es una piedra vaciada por dentro.
El recogido vuelo del gorrión
planta en su oquedad anillos, constelaciones,
remotas intemperies que el frío ilumina
con el primer aliento de la mañana.
Ignoro el rumbo de tanto arabesco
ni a qué tanto secreto,
pero en los sótanos del aire
dos alas dejan atrás su estela,
me obligan a creer en lo invisible.

Palomas

Cruzan el patio las palomas.
Se cuelgan del alféizar, gorgotean,
van y vienen por la penumbra
con sus plumas raídas y su insolencia terca.
Palomas de ciudad,
vestidas del hollín que respiran,
sirvientes del tendal y la basura.
Las odio cordialmente desde mi ventana,
busco espantarlas, cuelgo plásticos,
pero es inútil.
Vuelven al poco, o nunca se marcharon,
y de nuevo me llega,
burbuja sobre el limo de las horas,
el émbolo sonoro de sus cuellos.
Algo dice, tal vez, ese discurso de una sílaba,
su gutural monotonía
poblando el patio de impaciencias.
Algo que ignoro y no puedo ignorar,
que insiste en el silencio de la casa
con tonos de reproche y desafío.
Traduzco un par de páginas, preparo café,
se demora la tarde en su grisalla
y allí las veo, necias y abstraídas,
con su grave zureo que me interroga.
Algo dicen, tal vez, que mi sombra comprende,
que mi sombra calló y ahora recuerda,
porque es suyo.

Andityas Soares de Moura

Receta d´amore

Tú eres la monja,
la solitaria,
la inconsolable.
Maestra de
lontananza, tu
espesa cabellera
ya sofocó los sones
de la guitarra. En el tedio
inmenso de las uñas
conservas, sin embargo,
la memoria.

Sin perfil para
reconocer, cada
paso es una conformación
de la carne que me
aterra:
el bajo vientre nace
y es un rostro
muy muy
triste

Los muslos, ellos se alzan
por todo el cuerpo,
moldeando el
símbolo imperfecto
de un incesante

sumergir. Y así
tu visión oblicua
enternece y
hace plañir
campanas a lo lejos.

Sutil como eres, monja,
jamás te olvidarías
de la donación completa
en las colchas verdes
de otras auroras.

Y yo, nada entendiendo, te
susurraba cosas
al oído:

«– sobre todo, deseo tu
pie, hasta el punto de apasionarme
sin remedio.»

Pronto, fue precisa apenas
una cochinada para que me
permitieses dos lamidas.

Desperté con gusto de fresa en la boca.

Tango

Limpia nuestros
cabellos:
hay tiempo
todavía
sabe,
cada espino
ya nace
equivocado
y cuando ansiabas
cosas dispares
alguna cosa se
retorcía
de placer
dejaste
de decir
las tonterías
habituales
en lo oculto de la
alcoba
menores eran tus
preocupaciones
porque ya no dudabas
todo lo que
recrudeció
se afirmó:
cristal.

La cubierta del criterio

Mujeres de plástico
es lo que necesitamos

con los dedos de plástico
oloroso transparente (vítreo) lustroso (vinílico) virgen
pisarían las
calles

habría delirio frenesí
ruptura

Karin Maria Boye (Götenborg, 1900-1941), novelista, poeta y cuentista, fue hija de un ingeniero civil y se educó en las universidades de Uppsala y Estocolmo. Después de recibir una maestría en artes se desempeño como profesora. Fundó la revista de poesía **Spektrum** con Eric Mesterton y Josef Riwkin y escribió para **Arbetet**. Su primer libro de poemas fue *Moln*, donde ya era notoria la influencia del budismo, Schopenhauer y Nietzsche, pero su obra mas conocida es la novela de ciencia ficción *Kallocain*, una suerte de retrato del machismo mundial en el año 2000. Sus poemas fueron traducidos por Carlos Vidales.

Carlos Vidales (Bogotá, 1939) hijo de Luis Vidales, ha vivido exiliado desde su adolescencia. Periodista, fue director de los archivos del Palacio de la Moneda de Chile durante la presidencia de Salvador Allende, cuya biografía hizo en 1971. Repatriado a Colombia tras el golpe militar contra Allende, fue jefe de redacción de Alternativa. Reside en Suecia desde los años ochenta, donde trabaja en la Universidad de Estocolmo. Escribe sobre cultura en **Svenska Dagbladet**, **Café Crème** y **Liberación**.

Tomaz Salamun (Zagreb, 1941), su obra ha sido traducidas a numerosos idiomas. Ha sido escritor invitado de universidades como Iowa, Harvard o Mississippi. Se ha desempeñado como cónsul de Eslovenia en New York. Actualmente vive en Berlín. Sus poemas fueron traducidos por Pablo Fajdiga.

Omar Ortiz (Bogotá, 1950), ha publicado libros de poesía y ejercido el periodismo. En 1955 recibió el Premio Nacional de Poesía de la Universidad de Antioquia. Es director de la revista **Luna nueva**.

Blanca Strepponi (Buenos Aires, 1952), vive en Caracas, donde hace parte del equipo editor de **Pequeña Venecia**. Ha recibido el Premio Ramos Sucre y el Alfredo Armas.

Basilio Sánchez (Cáceres, 1958), ha colaborado en numerosas revistas literarias españolas y de otras culturas. Es Premio Jaime Gil de Biedma y hasta hace poco dirigió el Aula Literaria José María Valverde de su pueblo.

Evelio Rosero (Bogotá, 1958), es autor de varias novelas, entre ellas *Juliana los mira* (1986), traducida a varios idiomas nórdicos. Hace unos meses se ha publicado su último trabajo narrativo, *En el lejero* (2002).

José Ángel Leyva (Durango, 1958), ha recibido varios premios de poesía y periodismo y dirigido revistas literarias y científicas. Uno de sus últimos libros de poemas es *El Espinazo del Diablo* (1998). Su novela *La noche del jabalí* fue publicada en 2002.

Jader Rivera (Teruel, 1964) hizo estudios de maestría en literatura en la Universidad Javeriana de Bogotá. Fundador de revistas literarias y ganador de varios premios como el José Eustasio Rivera, de poesía, ha publicado entre otros los libros de poemas *Los hijos del bosque* (1988) y *El día sin horas* (2000).

Jordi Doce (Gijón, 1967) es autor de cuatro libros de poemas, entre los que destacan *Lección de permanencia* (2000) y *Otras lunas* (2002). Colabora habitualmente con ensayos y reseñas en el suplemento cultural del diario **ABC** y en las revistas **Clarín** y **Cuadernos Hispanoamericanos**. Actualmente es subdirector editorial de la revista **Letras Libres Internacional** en su edición española.

La foto de la portada es de **Paul Strand**.

Los libros de Arquitrave Editores

Entre nuestros autores figuran

Elkin Restrepo
Affonso Romano de Sant´Anna
Carlos Jiménez
Charles Bukowski
Cristina Peri Rossi
Du Fu
Ferreira Gullar
Konstandinos Kavafis
Manuel Bandeira
Montale, Ungaretti y Quasimodo
Paulina Vinderman
Raúl Rivero
T.S. Eliot
Lawrence Ferlinghetti
Bob Dylan
Harold Alvarado Tenorio
Charles Baudelaire
Alberto Da Costa e Silva